

ISBN 978-950-33-1731-0

María Gabriela Fissore
Francisco Elías Moreno
Barbara Paez Sueldo
Martina Schilling
(Eds.)

Filosofía de las Ciencias

por Jóvenes Investigadores



Vol. 3

Filosofía de la Ciencia por Jóvenes Investigadores vol. 3

María Gabriela Fissore
Francisco Elías Moreno
Barbara Paez Sueldo
Martina Schilling
(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

Filosofía de la ciencia por jóvenes investigadores / Julián Arriaga... [et al.]; editado por Fissore María Gabriela... [et al.]. - 1a ed - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1731-0

1. Filosofía de la Ciencia. I. Arriaga, Julián II. María Gabriela, Fissore, ed.
CDD 501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



El abordaje sociológico de H. Collins en el análisis de la experticia práctica

Sofía Mondaca*

Introducción

Harry Collins dedicó largos años de su vida a realizar análisis sociológicos y filosóficos sobre la ciencia. Recorrió discusiones de filosofía de la acción, teoría del conocimiento y filosofía de la mente y propuso la noción de conocimiento tácito para comprender la experticia científica. Luego de los aportes originales de Polanyi, Collins fue quizás quien más contribuyó a la reflexión acerca de lo que usualmente se denomina como conocimiento tácito. Analizó con profundidad dicha noción y se esforzó por defender una interpretación amplia del fenómeno, intentando conciliar los aportes de la sociología, la filosofía y la psicología. En los últimos años, estos estudios tomaron cada vez más lugar en diversos campos de investigación.

En 2002, Collins y Evans fundan un programa de investigación llamado *Studies of Expertise and Experience* (S.E.E). Se trata de un proyecto que retoma la noción de formas de vida wittgensteiniana para relacionarla con los estudios sobre experticia, partiendo de la hipótesis de que lxs expertxs son aquellxs que dominan ciertas formas de vivir y de pensar en ciertos campos. De tal modo, convertirse en unx expertx de un dominio específico implica insertarse en la vida social de dicho dominio. Esto implica adquirir un conocimiento tácito a fin de internalizar los conceptos asociados y las acciones hábiles hasta el punto de la fluidez. Esta tesis resulta muy interesante ya que nos permite relacionar los estudios sobre la experticia en el individuo con una noción de conocimiento tácito fuertemente relacionada con el contexto social en el cual se encuentra inmerso.

En el presente trabajo nos ocuparemos de analizar y comentar la tesis de Collins y su particular interpretación sociológica del conocimiento

* IDH (CONICET, UNC)

Mail de contacto: ssosfiamondaca@gmail.com

tácito a la hora de comprender la experticia. El objetivo será evaluar la propuesta del autor en término de sus virtudes y defectos para pensar una teoría de la experticia desde el campo de la filosofía del conocimiento y la teoría de la mente. Para ello, en primer lugar, haremos un breve recorrido histórico sobre los aportes de Collins en tal campo. Luego, nos dedicaremos a señalar y argumentar cuáles son los puntos que consideramos necesario rescatar y cuáles deberíamos repensar para contribuir a nuestra comprensión sobre la experticia.

Una breve historización sobre los aportes de Harry Collins: conocimiento tácito y experticia interactiva

En 1995, Collins publica su primer aporte a la discusión sobre conocimiento tácito. Allí, Collins y Kusch (1995), analizan la distinción fenomenológica entre dos tipos de acciones: las acciones mimeomórficas y las acciones polimórficas.¹ Las acciones mimeomórficas son aquellas que consisten en la reproducción de un comportamiento, mientras que las acciones polimórficas son aquellas que sólo pueden ser ejercidas por quienes tienen la capacidad de comprender la situación en la que se encuentran y el comportamiento apropiado para la misma. En otras palabras, las acciones mimeomórficas incluyen comportamientos que no están guiados por intenciones correspondientes, mientras que las acciones polimórficas son aquellas que implican intenciones correspondientes, las cuales surgen una vez que el individuo pertenece a una forma de vida y comprende la situación pertinente (Collins & Kusch, 1995).

Pocos años después, los autores condensan dichas ideas en lo que denominan como la “teoría de la forma de las acciones” o la morfología de las acciones —*the shape of actions*— (Collins & Kusch, 1999). Dicha teoría plantea que la acción humana puede clasificarse ya sea como acción mimeomórfica o como acción polimórfica. Cuando los seres humanos realizan acciones mimeomórficas, actúan intencionalmente como máquinas, esto es, como entidades que no necesitan comprender la situación para ejercer

¹ La distinción está basada en lo que años previos Collins (1990) denominó como “acción regular” —aquí llamadas “acciones polimórficas”— y “acción específica de comportamiento” o “acción a máquina” —aquí llamadas “acciones mimeomorfi- cas”.

cierto comportamiento.² No obstante, cuando realizan acciones polimórficas, se basan íntegramente en su comprensión de su contexto. De este modo, las máquinas, en la medida en que carecen de una comprensión de su contexto, no pueden ejercer acciones polimórficas. En consecuencia, las acciones polimórficas son acciones exclusivamente humanas.

Posteriormente, Collins introduce el concepto de experticia interactiva para referir a la interacción lingüística dentro de una práctica social determinada, la cual da lugar al desarrollo de habilidades o experticia en cierto dominio (Collins, 2016; Collins & Evans, 2007; Collins et al., 2006). La idea de experticia interactiva discute directamente con apreciaciones fenomenológicas de la experticia, donde el cuerpo es el elemento central para comprender el fenómeno (Dreyfus, 2002, 2005; Dreyfus & Dreyfus, 1992; Dreyfus, Dreyfus & Athanasiou, 1986). Collins et al. (2016) argumentan que la idea de un agente corpóreo, pero no socializado es inimaginable. Las tesis filosóficas fenomenológicas pasan por alto este aspecto, al destacar sólo la importancia del cuerpo individual en el desarrollo de habilidades expertas. En contraste, la noción de experticia interactiva intenta rescatar la importancia de la socialización a la hora de comprender la experticia. La experticia interactiva depende directamente de que el agente participe en comunidades lingüísticas. En este sentido, se puede entender como aquello que se encuentra en un punto medio entre la actividad práctica y el conocimiento propositivo (Collins & Evans, 2007).

Ya en sus escritos más recientes, Collins hace un esfuerzo por mostrar cómo la noción de experticia interactiva nos permite nuclear la idea de conocimiento tácito polanyiano con un análisis más profundo y amplio sobre lo que consideramos como experticia (Collins, 2010, 2013; Collins & Evans, 2007). Analicemos con mayor detalle tales conceptos.

Conocimiento tácito

En *Tacit and explicit*, Collins (2010) presenta la distinción entre conocimiento tácito y conocimiento explícito originalmente propuesto por Polanyi (1966/2009). El autor nos enseña en qué consiste el conocimiento tácito a través de una famosa, pero oscura afirmación: “Podemos saber

2 Los autores llaman “máquinas” a todas las entidades que no pueden realizar acciones polimórficas. De este modo, se trata de un término de amplia extensión que incluye objetos, artefactos, animales, plantas, lugares, etc.

más de lo que podemos decir” (Polanyi, 1966/2009, p. 4). El ejemplo más conocido refiere a nuestro conocimiento sobre cómo andar en bicicleta: sabemos andar en bicicleta sin poder decir explícitamente las reglas sobre cómo andar en bicicleta. Y, aún más, podemos aprender a andar en bicicleta sin aprender explícitamente las reglas sobre cómo andar en bicicleta. Si bien la frase de Polanyi fue muy sugerente, no hay un común acuerdo sobre los alcances de la misma. De este modo, lo tácito sigue siendo hoy en día una noción, aunque muy usada, difícil de desentrañar. A modo de aporte, Collins (2010) analiza una interpretación particular de la misma, sosteniendo que la frase puede ser interpretada en un sentido débil o en un sentido fuerte.³

Interpretación débil:

Lo tácito es aquello que no es explícito/expresado directamente.

Interpretación fuerte:

Lo tácito es aquello que no puede ser explícito/expresado directamente.

La interpretación débil nos sugiere que la distinción entre lo tácito y lo explícito es una cuestión de estilo. De este modo, lo tácito es aquello que en este momento no es explícito, pero que podría serlo en otro momento. Por el contrario, la interpretación fuerte nos sugiere una fuerza normativa en la distinción. Lo tácito es aquello que no puede ser explícito —ni ahora ni en otro momento—, a riesgo de perder su naturaleza particular. Siguiendo a Collins, el concepto de Polanyi se compromete con la interpretación fuerte sobre el conocimiento tácito. Como consecuencia, como no puede ser expresado, no puede ser explicado. Sólo nos queda clasificarlo. De este modo, Collins nos ofrece tres abordajes sobre conocimiento tácito que se corresponden con tres usos diferentes de la noción.

1. Conocimiento tácito relacional (uso débil)

El conocimiento tácito relacional responde al abordaje de estudios economistas sobre lo tácito. Plantea que el conocimiento es tácito en la medida que depende de las relaciones entre las personas, las cuales surgen de la naturaleza misma de la vida social. La cualidad de tácito responde a la logística y la forma en que están organizadas las sociedades y no a la

3 Collins no habla en términos de interpretación fuerte e interpretación débil. No obstante, esta caracterización resulta útil para comprender las consecuencias de los distintos usos de la noción.

naturaleza misma de lo tácito. De tal modo, en principio y con suficiente esfuerzo, cualquier parte del conocimiento tácito podría hacerse explícito.

2. Conocimiento tácito somático (uso medio)

El conocimiento tácito somático refiere a los abordajes filosóficos y psicológicos sobre el mismo. En general, dichos abordajes sostienen que el conocimiento es tácito por la forma en que se encuentra inscrito en la materia del cuerpo y el cerebro humano. En consecuencia, es un conocimiento que sólo los humanos pueden ejecutar, justamente por las posibilidades de la sustancia de la que estamos hechos. De lo contrario, las máquinas, por ejemplo, no pueden poseer dicho conocimiento ya que no están hechas del tipo correcto de materiales.

3. Conocimiento tácito colectivo (uso fuerte)

El conocimiento tácito colectivo refiere a los abordajes sociológicos sobre lo tácito. Esta es la interpretación que Collins defiende. Se trata de un conocimiento que el individuo puede adquirir sólo por estar inmerso en sociedad. De tal modo se trata de un conocimiento exclusivamente humano. Las máquinas, en la medida que no pertenecen a una vida social, no pueden poseerlo, ni incluso imitarlo. Es importante resaltar que lo tácito es relativo a la sociedad más que al individuo. Sin embargo, el individuo, al ser un constitutivo de la sociedad, puede aprenderlo. De hecho, es el único ser que puede aprender y adquirir conocimiento tácito, ya que es el único que puede formar parte de la sociedad. El individuo puede adquirir lo que Collins denomina como experticia interactiva, esto es, una experticia adquirida gracias al lenguaje y las prácticas aprendidas. Collins (2010) llama a esto “cartesianismo social”. Esta interpretación implica un uso fuerte del término, ya que no existe ninguna forma de describir lo tácito.

Collins no da mucho lugar al análisis del uso débil de la noción de conocimiento tácito. Sin embargo, dedica un esfuerzo a discutir contra el abordaje somático del mismo, criticando el lugar del cuerpo y, con él, del individuo —en tanto foco central del análisis del conocimiento tácito. En oposición, promueve la sociedad —o lo social— como el núcleo para comprender la naturaleza de aquello que llamamos tácito.

Luego de dicha clasificación, Collins agrega que la complejidad en la idea de lo tácito radica en su dependencia a la idea de lo explícito. Lo tácito representa un conocimiento que resulta difícil de comprender y explicar en la medida en que existe la idea de un conocimiento explícito, considerado como el estado ordinario y común del conocimiento. En otras palabras, la idea de lo tácito se nos presenta como oscura y difícil de comprender sólo porque, erróneamente, lo explícito se ha tomado como fácil (Collins, 2010). No obstante, Collins (2010) sostiene que, en nuestra vida práctica diaria, resulta muy común hacer cosas sin poder decir cómo se hacen.

Experticia interactiva

Ahora bien, ¿cómo se relaciona la idea del conocimiento tácito con la noción de experticia interactiva a la hora de comprender la adquisición y desarrollo de nuestras habilidades? Como mencionamos, Collins (2010) analiza la noción de conocimiento tácito desde un abordaje sociológico de las ciencias. Sostiene que en la década de los '70 se comenzó a forjar una nueva comprensión del entorno social propio del conocimiento científico, revelando que aquello que normalmente entendemos como conocimiento científico explícito —teoría, datos y expresiones científicas, etc.— tiene sentido y significado en la medida en que pertenece a un contexto tácito. Ya a principios de los años 2000, Collins y compañía introducen el concepto de experticia interactiva para nombrar dicho contexto tácito (Collins, 2016; Collins & Evans, 2007; Collins et al., 2006).

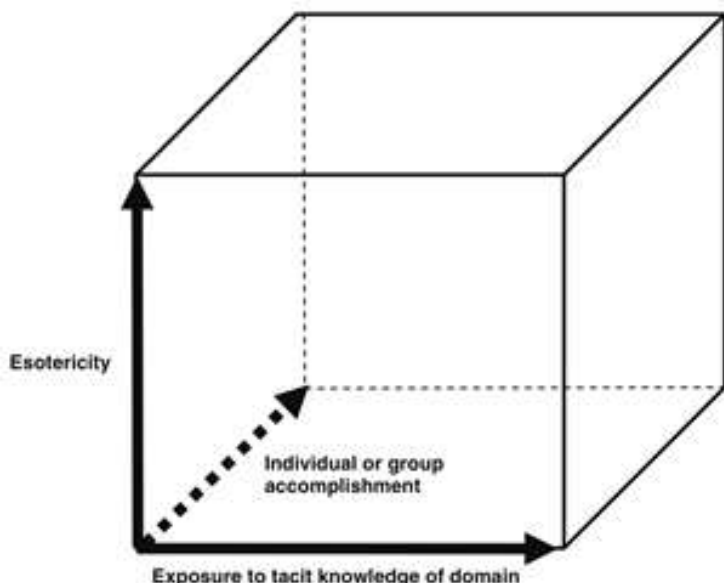
El concepto de experticia interactiva pretende rescatar el fenómeno de la socialización lingüística, entendido desde una perspectiva wittgensteiniana. Para Collins, aprender un lenguaje es aprender una forma de vida. Esto, trasladado a contextos de prácticas científicas y desarrollo de experticias, significa que aprender un lenguaje científico implica aprender un modo de ser y estar en un contexto científico. Dicho aprendizaje involucra la relación con un contexto tácito, donde los elementos que conforman el conocimiento científico se aprenden a través de la inmersión social y la práctica. Una vez que los sujetos logran formar parte de dicho proceso, adquieren la llamada experticia interactiva.

Collins y Evans (2007) introducen una serie de casos para remarcar la importancia de la socialización lingüística a la hora de comprender la

experticia. Estos ejemplos discuten directamente con los abordajes fenomenológicos sobre la experticia. Pretenden servir como argumentos para señalar que la socialización lingüística es condición primera y necesaria, mientras que la posesión de un cuerpo humano no lo es. Desarrollar con profundidad los casos presentados excedería nuestro objetivo en el presente escrito. Sin embargo, a modo de ejemplo, señalaremos quizás el más llamativo, el caso de Madeleine presentado por Sacks (1986). Madeleine fue una mujer con ceguera congénita y parálisis cerebral. De este modo, poseía cuerpo mínimo, esto es, un cuerpo sin la capacidad de participar en las actividades normales de los miembros de la sociedad circundante (Collins & Evans, 2007). No obstante, a través de la práctica y la ayuda de su terapeuta, logró aprender y adquirir ciertas habilidades —desde habilidades motrices que nunca había desarrollado hasta habilidades intelectuales como leer, escribir, etc. Para Collins y Evans (2007), esto fue posible gracias a su inmersión en el mundo sociolingüístico al que pertenecía. De este modo, los autores muestran que la experticia interactiva no sólo tiene mayor importancia para el desarrollo de habilidades, sino que sólo requiere que los individuos tengan un cuerpo mínimo, esto es, un cuerpo que les permita adquirir un lenguaje y, con él, un modo de vida.

La noción de experticia interactiva se termina de comprender en 2013, donde Collins presenta un artículo muy sugerente que reúne sus tesis de los últimos veinte años bajo lo denomina como el modelo tridimensional de la experticia.

Figura 1: Diagrama del espacio de la experticia



Nota. Adaptado de “Three dimensions of expertise”, por H. Collins, 2013, *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 12(2), p. 257.

Aquí se presentan tres ejes para analizar el fenómeno. En primer lugar, nos encontramos con un eje individual, usualmente desarrollado por la filosofía y la psicología. Dicho eje hace hincapié en cuáles son las cualidades relevantes del individuo a la hora de comprender su grado de experticia. Luego, aparece la dimensión vertical de análisis, que plantea una gradualidad que va desde experticias ubicuas —esto es, experticias presentes y compartidas por la totalidad de individuos— a experticias esotéricas —esto es, experticias que sólo posee un conjunto muy reducido de individuos. Por último, la dimensión horizontal de análisis implica la exposición al conocimiento tácito de cierto dominio en particular. Este eje es clave, ya que, como señalamos previamente, mientras el individuo tenga mayor implicación en un contexto sociolingüístico de cierto dominio en particular, adquirirá mayor conocimiento tácito, y con él, mayor experticia.

Algunos comentarios sobre el modelo de experticia de H. Collins

La pregunta que nos motiva aquí es ¿en qué medida el modelo tridimensional de la experticia propuesto por Collins nos dice algo respecto al estudio de la experticia y las habilidades dentro del campo de la filosofía de la mente y la teoría del conocimiento? Para responder dicho interrogante, intentaremos señalar ciertas virtudes y dificultades del modelo presentado.

En primer lugar, el modelo tridimensional de Collins, nos permite adoptar una concepción gradual de la experticia. Este aspecto es de gran importancia para entender las sutilezas —o los grises— del fenómeno. En lugar de asumir que un sujeto es experto o no lo es, podemos defender que un sujeto posee mayor o menor experticia en un dominio en particular. Esta idea resulta intuitiva y permite relacionarlas con las tesis ryleanas sobre las habilidades prácticas. De tal modo, la experticia se parecería más a un saber-cómo que a un saber-qué o saber proposicional que, en la medida en que plantea que el conocimiento es o bien verdadero o bien falso, no permite la gradabilidad (Ryle, 1949).

Luego, el modelo tridimensional, al incluir factores heterogéneos a la hora de comprender la experticia, nos permite ampliar y complejizar nuestro estudio sobre el fenómeno. Usualmente, cuando los llamados análisis unidimensionales de la experticia —filosofía y psicología— analizan casos de sujetos expertos, se centran en las condiciones cognitivas o corporales del individuo a la hora de comprender el desarrollo de una habilidad. De este modo, dejan de lado, o al menos no hacen suficiente hincapié en factores claves tales como los contextos de aprendizaje de una habilidad, los contextos de evaluación, etc. El modelo tridimensional no elimina la dimensión individual del sujeto, sino más bien, nos invita a pensar cuál es la relación de dicha dimensión con un contexto más amplio donde la experticia se enseña, se aprende y se desarrolla.

Aquí, resulta valioso rescatar la dimensión social como constitutiva de los fenómenos de experticia. Cuando hablamos de sujetos habilitados, no sólo hacemos referencia a ciertas características propias del individuo, sino también a una situación social que lo reconoce como tal. Esto implica que somos expertos en la medida en que hay una sociedad que acepta nuestra experticia como válida y la reconoce como tal. De modo contrario, podemos realizar ciertos comportamientos de manera excepcional,

pero si no estamos en un entorno social que reconozca dicho comportamiento como un comportamiento habilitadoso, entonces nadie nos reconocerá como expertos en la materia. En consecuencia, necesitamos un entorno social que acepte cierto dominio como un dominio de experticia, así como también nuestras capacidades o habilidades como capacidades o habilidades expertas para el mismo.

Sin embargo, la dimensión social no debe llevarnos a asumir que todos los comportamientos humanos pueden entrar bajo el fenómeno de la experticia. Aquí es importante señalar que el análisis de Collins pretende encontrar un criterio para distinguir máquinas de humanos. Por esta razón, resalta la necesidad de la interacción y la participación lingüística en cierto dominio particular, algo que, en principio, las máquinas no podrían hacer. De hecho, en las discusiones que Collins establece con filósofos de la mente (siempre de corte anti-intelectualistas, de tradición fenomenológica), sus argumentos se dirigen a sostener que es más importante un agente socializado que un agente corpóreo. No obstante, este recorte puede parecer todavía muy brusco y amplio. La noción de experticia interactiva de Collins nos lleva a asumir que todo nuestro comportamiento humano, que depende de la interacción sociolingüística, entra dentro del esquema tridimensional de la experticia. Por el contrario, todo el comportamiento de máquinas u otros seres que no participan de interacciones sociolingüísticas, no son capaces de desarrollar experticia. En este marco, cabe preguntarnos: ¿todo comportamiento humano debe entenderse como una forma gradual de experticia?

Aquí es cuando podemos ver cierta limitación en el esquema que plantea el autor. Hay muchos comportamientos que se basan en la interacción sociolingüística —quizás todos nuestros comportamientos. No obstante, no pareciera que todos nuestros comportamientos nos hacen participar de un grado de experticia en algún dominio particular. Si fuera así, todos los individuos sociales seríamos expertos, y nuestra única diferencia radicaría en el grado de dicha experticia. Sin embargo, hay ciertos comportamientos que no parecen necesitar ser entendidos desde la experticia. En consecuencia, quizás deberíamos pensar en la interacción social como una condición necesaria, aunque no única ni suficiente, para hablar del fenómeno de la experticia.

Conclusiones

El propósito del presente trabajo fue señalar en qué sentido las contribuciones sociológicas de la teoría de Collins sobre la experticia nos permitirían complejizar los abordajes que tradicionalmente se hacen en el campo de la filosofía y la psicología. Queda como tarea a futuro el esfuerzo por construir una teoría de la experticia que pueda ubicarse dentro del modelo tridimensional propuesto, con el objetivo de integrar los factores que hacen que un sujeto sea experto con los factores sociales que definen los dominios de experticia y sus características relevantes.

Referencias bibliográficas

- Collins, H. (2013). Three dimensions of expertise. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 12(2), 253-273.
- Collins, H. (2016). *Interactional expertise and embodiment Vol. 1*. Oxford: Oxford University Press.
- Collins, H., y Evans, R. (2007). *Rethinking expertise*. Chicago: University of Chicago Press.
- Collins, H., Evans, R., Ribeiro, R., y Hall, M. (2006). Experiments with interactional expertise. *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 37(4), 656-674.
- Collins, H., y Kusch, M. (1995). Two kinds of actions: A phenomenological study. *Philosophy and Phenomenological Research*, 55(4), 799.
- Collins, H., y Kusch, M. (1999). *The shape of actions: What humans and machines can do*. Boulder: NetLibrary.
- Dreyfus, H. L. (2002). Intelligence without representation – Merleau-Ponty's critique of mental representation. The relevance of phenomenology to scientific explanation. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 1(4), 367-383.

- Dreyfus, H. L. (2005). Overcoming the myth of the mental: How philosophers can profit from the phenomenology of everyday expertise. *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 79(2), 47-65.
- Dreyfus, H. L., Dreyfus, S. E., y Athanasiou, T. (1986). *Mind over machine: The power of human intuition and expertise in the era of the computer*. Nueva York: Free Press.
- Dreyfus, H. L., y Dreyfus, S. E. (1992). What artificial experts can and cannot do. *AI and Society*, 6(1), 18-26.
- Polanyi, M. (2009). *The tacit dimension*. Chicago: University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 1966)
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. Londres: Hutchinson's.
- Sacks, O. W., y Sacks, O. (1986). *The man who mistook his wife for a hat*. Londres: Picador.